

**EL DERECHO A LA SALUD**  
Anselmo Lorenzo

ANSELMO LORENZO

Bro 5410  
5

# EL DERECHO A LA SALUD

CONFERENCIA LEIDA EN EL  
ATENEO BARCELONÉS, AUS-  
PICIADA POR EL " INSTITUT  
MEDIC SOCIAL DE CATALU-  
NYA " EN 21 ABRIL DE 1912

10 CTS.

EL BENEFICIO SE DESTINA A LA SUS-  
CRIPCIÓN PRO-PRESOS ABIERTA EN  
" LA TIERRA Y LIBERTAD "

ANSELMO LORENZO  
EL DERECHO A LA SALUD

Conferencia leída en el Ateneo Barcelonés, auspiciada por el  
“Institut Medic Social de Catalunya”, en 21 de abril de 1912.

El beneficio se destina a la suscripción  
Pro-Presos abierta en “Tierra y Libertad”

## EDITORIAL

Varios compañeros, procediendo a la manera anarquista cuando se trata de una iniciativa de realización imposible a un solo individuo, ma han pedido este trabajo para su publicación y difusión, con el propósito de unir su conocimiento a la solidaridad debida a los trabajadores presos por su energía emancipadora.

Accediendo a esta demanda, ahí le tienes, lector. Si su lectura ilumina tu razón y determina tu voluntad, a la vez que los céntimos que te ha costado contribuyen al alivio de compañeros que sufren algo bueno habremos hecho entre tú y yo.

No sólo de grandes acontecimientos sino también de actos mínimos, al parecer insignificantes, se viene formando la gran obra de la emancipación del proletariado.

Anselmo Lorenzo

## EL DERECHO A LA SALUD

Con tranquilo respeto y sin modestia de urbanidad convencional, considero como un gran honor ocupar hoy esta tribuna, y agradezco profundamente esta honrosa distinción al ilustre presidente del Instituto Médico Social de Cataluña, que me ha creído digno de ella.

Confiado en la benevolencia de la docta corporación bajo cuyos auspicios me presento, y en la de mis buenos compañeros trabajadores que han acudido a manifestarme sus simpatías y a animarme, he emprendido este trabajo, dudando de mi competencia, aunque poniendo gran empeño en su realización.

Declaro además que he aceptado este especial empeño por una razón para mí fundamental, en vista de cómo se pierde el tiempo en intransigencias sectarias, dejando en desconsolador abandono los conciertos posibles, racionales y de fuerza positivamente progresiva, y es la siguiente: tras una larga lucha por mi ideal, que he deseado siempre que fuera el ideal único de la humanidad entera, puesto que he procurado fundarle en principios de justicia, en condiciones prácticas, y me le he representado como justificación de la Sociedad, he considerado que todo idealista ha de persuadir a los otros, no de que el ideal propio es el mejor, sino que todo hombre ha de proponerse, por inteligencia y voluntad propias, un ideal social bueno; todos en el mundo hemos de aspirar a que, conscientes y libres el hombre y la mujer, racionalmente

educados en mi infancia y en disposición de evolucionar y progresar libremente, vivan en una Sociedad donde por la organización del trabajo, por los servicios públicos y por las instituciones fundadas, desarrolladas por las iniciativas individuales armónicas, hallen todo lo necesario a su existencia, de modo que ésta resulte una vida sana, amplia y feliz.

Así, no por sugestión, no por explotación ni excitación de la voluntad ajena, sino por determinación natural de la voluntad de todos, concordando y coincidiendo con la nuestra y con nuestros motivos determinantes, tendremos, primeramente la prueba evidente, evidentísima, de la bondad del propio ideal, y después la fuerza necesaria para que de nebulosa pase a convertirse en admirable sistema de movimiento, vida y luz, presidido por esplendente sol de justicia. No mi verdad, que es falible; la mía fundida, refundida y confundida en la de todos es la verdad suprema, infalible, y, en último término, la mía también.

La coincidencia y la acción común fundada sobre el éxito de tal sistema de exposición, de propaganda y de proselitismo, aspiración verdaderamente racional y práctica, no sólo es la más positiva, la más noble y la más eficaz de todas las propagandas, sino que constituye por sí misma la garantía previa de la justificación social futura y me parece superior al más bello ideal concebido por los soñadores futuristas.

Sea dicho con todos los respetos y deponiendo todo vestigio de animosidad: los sabios graduados por la Universidad suelen despreciar los juicios populares. Para ellos el socialismo de los pobres es un juicio simplista, semejante al del cándido ignorante que cree todavía en la genesiaca inmovilidad de la Tierra, y no hay quien le apee de que el día y la noche se deben a que el firmamento gire sobre sí mismo cada veinticuatro horas; error que tiene fundamento de fe, de tradición y aun apariencia de experiencia. Pero ¿no podría hallarse analogía con tales juicios simplistas de los ignorantes, de los desheredados, de los reducidos a sistemática ignorancia, la opinión de aquellos sabios, de aquellos doctores que tienen por invariable el actual régimen social? Ello es que en este caso concreto ignorantes y sabios ven a su modo un hecho, despojado de antecedentes y consiguientes; juzgan por la primera impresión; no saben ver, y la noción que recibe su cerebro es falsa.

A rectificar juicios de esa índole, a indicar sencillamente una orientación racional tiende hoy mi trabajo.

Los doctores del privilegio, teólogos o naturalistas, han solido aconsejar la calma a los desheredados impacientes, y la paciencia fue virtud teologal y virtud cívica, según el punto de vista, premiada con promesas sobrenaturales y a veces temporales por benéficas sociedades burguesas; pero en el día, desde La Internacional, y posteriormente desde las crueles represiones gubernamentales

subsiguientes a sus primeros movimientos, la calma es imposible; la antigua virtud ha perdido su prestigio, y los trabajadores, conscientes de su derecho a la salud, piden a la ciencia frutos de justicia.

Mi presencia en esta tribuna representa esa demanda.

Dignificado por mi condición de obrero manual, elevado momentáneamente a esta tribuna después de una vida de cincuenta y tantos años de taller; libre de toda ambición como corresponde a un viejo septuagenario que quiere conservarse digno hasta su último momento, a los hombres de ciencia me dirijo, a los médicos del Instituto Médico Social, considerados, no ya como trabajadores intelectuales, denominación que divide y los separa de los trabajadores manuales, sino como compañeros de trabajo unidos todos en el concepto de la utilidad y la unidad social, y les expongo que vivimos en una sociedad en que se vive sin salud, se muere prematuramente, y que no debiera morir nadie antes de lo que pudiéramos llamar la hora fisiológica.

El hombre menoscabado en su vitalidad natural, el enfermo, lo es siempre por creencias erróneas, por injusticias sociales, por avaricia de lucro. Aparte de otras muchas causas de limitación prematura de la vida, se padece hambre y envenenamiento la alimentación es deficiente para el pobre en el campo, y en la ciudad, sobre deficiente, adulterada.



He aquí por que una corporación científica ha adoptado la siguiente resolución que merece ser imitada:

“El Sindicato Médico del Sena, que comprende París y sus suburbios, en vista de que los hechos demuestran que gran cantidad de los alimentos de uso diario son adulterados; considerando que los sindicatos médicos en general y los médicos en particular tienen el deber de defender la salud pública, decide continuar el estudio de las falsificaciones, exponiendo públicamente las irregularidades que resulten”.

Compañeros de trabajo he dicho; así se presentan, así quiero verlos, unidos en el pensamiento de defender la salud pública, y esto, no en la forma de corporación privilegiada, de tendencia aristocrática ni burguesa, sino constituidos en simple sindicato, como trabajadores que reúnen la suma de sus derechos imprescriptibles para constituir una fuerza mayor de derecho al servicio de una idea social justa, avanzando en tan noble propósito hasta presagiar que un día sientan la necesidad de entrar, en unión de otros sindicatos científicos, en la gran Confederación del Trabajo, no sólo con la idea transitoria de resistir al mal, sino con positiva competencia y con moralidad impecable, con el propósito definitivo y permanente de reorganizar la producción, los servicios públicos, la instrucción y la higiene de modo que nadie quede exceptuado de los n menso beneficios del saber y del poder.

Preciso es reconocerlo y declararlo: en el mundo hay sitio para todos unidos en bellísima fraternidad, y si en un momento las fuerzas generadoras llegaran a hallarse excedentes sobre las fuerzas conservadoras, confiemos en que por sí mismas obrarían la necesaria nivelación con la misma natural sencillez que se nivelan las aguas desbordadas. Por el momento, ni hemos llegado a la densidad de población que justifique las sangrías ocasionadas por la guerra y por la miseria, ni podemos quejarnos por la falta de espacio, porque además de los países escasamente poblados, tenemos los desiertos que la ciencia y el trabajo pueden convertir en parajes habitables. Sin contar que, con los actuales medios de producción, con nuestros conocimientos técnicos y con nuestro poder organizador del trabajo, duplicaríamos la producción, ya sobrante para la totalidad de nuestras necesidades si no existiera el derroche de la vanidad y el monopolio del agio, si no predominara el privilegio.

¿Quién lo duda? ¿Quién puede señalar límites al poder de la ciencia? Recordad que el insigne Berthelot, fundado en los inmensos adelantos de la química, profetizó, sin que la profecía suscitara censuras ni protestas, que en el año 2000, por innecesaria, la agricultura habría desaparecido.

Todos sabéis que si alguien osó hablar de la quiebra de la ciencia fué un doctor sectario que, al ver en absoluta discordancia lo que se cree con lo que se sabe, achacó a debilidades del conocimiento

lo que en realidad eran flaquezas de la fe. La ciencia, al contrario, más da cuanto más se la pide, y si por desgracia al presente presta aviadores, submarinos y potente artillería a la guerra, justo y digno es que mañana dé salud, merecida recompensa y vida feliz al trabajador, librándole del yugo de la esclavitud, de la servidumbre y del salariado, relegando a la historia el derecho de accesión que le despoja del fruto de su trabajo.

\*\*\*

La sociología, ciencia de los fenómenos sociales, encaminada a la perfección de la vida de la humanidad, necesita del concurso directo de otras ciencias y del indirecto de todas en general por el encadenamiento lógico y natural de los conocimientos.

Una de las primeras en ese concierto científico, racional, es la medicina, dedicada a la conservación y restablecimiento de la salud, por su conocimiento especial de la higiene y de la terapéutica, y en tal concepto la Sociedad, en su metodización de las facultades colectivas en atención de las necesidades sociales, confía, ha de confiar necesariamente, al cuerpo médico, por su legítima competencia, el cuidado de la salud pública.

La entidad médica cumple su cometido, si no a la altura de la perfección a que es dado aspirar, a la medida que permite el estado presente de nuestro progreso social, extendiéndole admirablemente con los brillantes rasgos del genio y con los generosos impulsos del altruismo: por la prensa llegan constantemente a nuestra noticia los

grandes triunfos obtenidos contra la enfermedad por el empeño científico de sabios eminentes y por el heroísmo profesional y benéfico en los grandes focos infecciosos, en los desastres guerreros, en los hospitales y en el hogar del pobre.

Dentro de la más estricta equidad parece que no pudiera pedirse más. Si las relaciones humanas no hubieran de salir de los límites del mutualismo; si la actividad individual hubiera de justipreciarse por unidades monetarias; si “el tanto más cuanto” no hubiera de exceder nunca del criterio de “a cada uno según sus obras”, y no fuera una necesidad imperiosa a la vez que un deber ineludible de conciencia entrar resuelta y ampliamente en el criterio opuesto de “a cada uno según sus necesidades”, y esto no ya por sentimiento caritativo sino por estricta justicia social, podríamos considerar intachable, por ejemplo, la conducta del médico que, llamado a curar a un enfermo, pone a disposición de su cliente todos los recursos de su saber, y se retira tranquilo cuando le da el alta y ha cobrado sus honorarios: aun servicio su correspondiente paga, y en paz. Pues no: el mutualismo, considerado generalmente como el fiel que marca la equidad entre el egoísmo y el altruismo, es esencialmente deficiente y ha de correrse del lado altruista siempre que sea necesario contrarrestar la influencia del egoísmo. Sin ese exceso generoso que no se cuenta, que no está sujeto a tarifa, que sólo por excepción se paga alguna vez y casi siempre en fama postuma, y en ocasiones tras un horrible crimen como el que llevó a

la hoguera al ilustre médico Miguel Servet, ni habría progreso, ni sociedad, ni tal vez humanidad.

Porque ha de considerarse, rindiendo homenaje a la más pura y estricta justicia, que el médico que asistió y curó a un enfermo no posee una ciencia completamente suya: si paga una patente, si pagó todos los derechos universitarios, si se sometió a todos los trámites que le autorizan para ejercer su profesión, no creó su ciencia. Por circunstancias que le favorecieron y que a muchos les son contrarias, la tomó del tesoro científico de la humanidad, formado por la observación, el estudio, el trabajo, la metodización y la conservación de los conocimientos de todos los países y de todos los tiempos, a que todos sin excepción tenemos derecho, como miembros sociales, como verdaderos socios de la sociedad humana, aunque sólo se concedan a los que tienen acceso privilegiado a la Universidad, escuela cuyo nombre, aunque no su práctica actual, indica la grandiosa generalización de su origen y de su objeto, que es y ha de ser la difusión universal del saber. Por consecuencia, el médico de mi ejemplo ha de considerar la enfermedad, de procedencia interior o exterior, padecida por su cliente, como un mal que ha de evitar para sí, para los que ama y para el cuerpo social que le ha dado aptitud y capacidad para evitarle y destruirle, y en tal concepto ha de conocer o a lo menos ha de estudiar las causas próximas y remotas que le producen, ha de trabajar para su extinción y simultáneamente para destruir sus efectos mientras existan. El ideal particular de todo médico y de

toda entidad médica ha de ser, no sólo curar todos los enfermos, sino que todos se mueran de viejos. Y si se piensa como consecuencia que así los médicos se morirían de hambre, reformen la sociedad que tal injusticia hace verosímil. Nunca mejor ocasión que la presente, por dirigirme a personas de gran cultura, para encajar un pensamiento recogido en una de mis lecturas: “si la sociedad en que vives es injusta, no exhalas vanos lamentos; ahí estás tú para reformarla”. He ahí justificada la indicación que antes hice respecto al sindicato médico: como trabajadores científicos, como reformadores pueden tener un puesto de honor en la Confederación del Trabajo.

A la humanidad, a la sociedad, manifestación positiva de su existencia, debe todo ser humano su poder y su capacidad productora, puesto que de ella recibe los elementos necesarios, inaccesibles al exclusivo e individual esfuerzo, para desarrollar y completar eficazmente su aptitud, y en esa natural y espontánea donación halla su legítima y suficiente recompensa.

Ya sé que este criterio no se halla tan generalizado como a mi entender debiera estarlo; pero me basta saber que existe una asociación denominada Instituto Médico Social, en que le veo reflejado, para considerarlo como dato importantísimo de acción progresiva contra todas las fuerzas estacionarias o regresivas que se opusieran a su marcha: una luz, por débil que sea, basta para

romper en determinado recinto la densidad de obscura y negra masa de tinieblas.

\*\*\*

Los actuales adelantos en medicina no concuerdan con la excesiva mortalidad de la época. No he de precisar cifras, que en una conferencia reduce siempre el oyente a relatividades comparativas, y en que, por tanto, no es necesaria la exactitud aritmética. Escaso es el número de los que alcanzan el término a que puede llegar la vida humana, y aun es dudoso que lo alcance alguien; ello es que en la escala de la longevidad no ascienden hombres y mujeres por igual y como resultado de identidad de condiciones vitales, sino mediante circunstancias accidentales de orden social.

La mortalidad de niños y ancianos, y el término medio de la vida, en relación con las clases sociales, comparados entre sí los datos propios por edades y por clases, dan resultados cruelmente asombrosos. Desconozco el número exacto y el aproximado; no importa: con una unidad de diferencia mortal ocasionada por ignorancia, descuido o privilegio, basta para lanzar enérgica protesta contra la causa o los causantes, porque la vida humana es respetable y ha de ser inviolable, y por serlo, como garantía del derecho de cada uno a vivir, de sí mismo y de los que amamos, es el objeto primordial de la ciencia, toda vez que al saber queremos

dar satisfacción a las más nobles aspiraciones, deseos y necesidades de nuestro ser.

Pero no una unidad, incalculables unidades, prescindiendo de las matanzas bélicas, perdemos en tiempo de paz por el funcionamiento habitual de nuestro régimen social: hay poblaciones que presentan una mortalidad anual relativamente corta, y otras en que es exorbitante; dentro de una misma población hay también barriadas diferenciadas por la clase social de sus habitantes, que ofrecen también esa misma desigualdad. Hay oficios mortíferos por sí y otros por los accidentes que ocasionan, dándose el triste caso de que por regla general la higiene y la previsión que pudiera atenuar tanta desgracia sea desatendida por infame idea de lucro, por no disminuir en ínfima cantidad el dividendo capitalista. Tomando la mortalidad por edades, según la clase social de los individuos, la muerte se ceba preferentemente en los pobres, sacrificando vidas de niños y ancianos con profusión, y reduciendo el término medio de la vida a una proporción comparativa horrorosa y hasta odiosa.

Triste, pero imprescindible es consignarlo: en una publicación científica y con la firma de un médico he hallado los siguientes datos y pensamientos:

La medicina es la ciencia de curar las gentes. Así resulta de lo que se lee en los libros que tratan del asunto y de lo que



aprendimos en los hospitales universitarios: pero en la práctica de la vida...

Los días festivos venía a mi clínica un aprendiz de zapatero, su tez era verdosa como el yeso enmohecido, y padecía vértigos y desvanecimientos. Trabajaba desde las seis de la mañana hasta las once de la noche, en una estancia estrecha, oscura y húmeda. Hubiera necesitado abandonar aquel tugurio infecto, salir al campo y correr libremente al sol y al aire libre... Hube de limitarme a prescribir al paciente hierro y arsénico, y tranquilizarme pensando que había hecho algo por él.

Otro día se me presentaron un tejedor tísico, una lavandera y planchadora con eczema en las manos y un carretero con una hernia; les prescribí polvos, ungüentos y vendajes, aconsejando al tejedor que evitara los sitios llenos de polvo, a la lavandera que no se mojara las manos y al carretero que no levantara pesados fardos, y por toda respuesta suspiraron, me dieron gracias y me dijeron que aquel trabajo mortal era su único recurso de vida. Tales escenas más o menos dolorosas, repetidas con mucha frecuencia me avergonzaron por mí, por la ciencia que profeso y por la sociedad en que ejerzo.

En 1820 descubrió Villermet que la mitad de los hijos de tejedores de Mulhouse morían antes de los quince meses. Aconsejó al fabricante que abonara el jornal sin trabajar durante seis semanas a las obreras parturientes, y, practicado el consejo,

esa sola medida disminuyó la mortalidad infantil en la mitad sin la menor intervención de medicina.

Es indudable que la medicina indica las condiciones en que la salud y la curación de los enfermos son posibles; pero el médico ha de destruir las causas que esterilizan su actividad, contando con que por causas sociales se aumenta el número de desequilibrados, tísicos, sifilíticos, idiotas, alcohólicos, ciegos, sordos y tartamudos. Tomando como dato del estado fisiológico de un pueblo la proporción de hombres destinados al ejército, se la ve descender con la misma rapidez que el barómetro antes de la tempestad, dando lugar a la siguiente profesía de un antropólogo pesimista: “El ideal de una organización social conforme con las leyes de la armonía y de la solidaridad, corre peligro de no realizarse a consecuencia de la degeneración humana”.

No puede ser de otro modo: hay una higiene preservativa que puede ser conocida de todo el que sepa leer, y ha de ser fatalmente ignorada del enorme tanto por ciento de la población total, formado por los analfabetos que existen en nuestro país y en todo el mundo. Prescindiendo de los que no pueden ser higiénicos por ignorancia, la higiene, que puede ser practicada por los que saben leer y pueden aprender y cuyo nombre consta en el Registro de la Propiedad como usufructuarios por no decir usurpadores de la riqueza social, es impracticable por todos aquellos que, ignorantes o ilustrados, constan únicamente en el Registro Civil, legalmente

despojados del derecho a la vida en España y en todas las naciones, monarquías o repúblicas, porque como asalariados, dan por posesión el producto de su trabajo al propietario capitalista y sólo cuentan con un salario mínimo y eventual para comprar salud, bienestar, ciencia, amor y justicia.

Es evidente, por duro que sea reconocerlo rindiendo homenaje a la verdad, que en la Sociedad, que es resumen del concurso de la actividad humana, no se da a cada uno su parte en lo que es de todos, y existe en abundancia, sino que se vende por dinero, y el que carece de ese valor representativo, que no justifica su procedencia, que es bono al portador adquirido por fraude, usura, explotación y escasamente por el trabajo, no alcanza salud, bienestar ni ciencia y muere en deplorable abandono.

En tal situación social no hay, no puede haber ciencia eficaz de la salud, ni plácida y racional práctica de la vida; ciencia y práctica que debiera estar al alcance de todos y de cada uno; resultando al contrario, la aberración de que la especie humana, por efecto de haber progresado formando una sociedad dividida en clases privilegiadas y desheredadas, y transformado el instinto en inteligencia, dejó al inferior sin instinto, que al fin es una facultad mental rudimentaria, y le privó de saber, quedando el pobre ignorante sin la higiene instintiva y sin llegar a la higiene científica, y aun, si llega a conocerla, privado de practicarla si no puede comprarla.

Queda, pues, la higiene estancada al servicio de los joderosos y esterilizada en gran parte en las esferas intelectuales, sin vigorizar la vida de todos como es socialmente debido, cediendo tristemente el puesto al privilegio, a la superstición y a la charlatanería, y la muerte recoge el fruto segando vidas humanas con horrible profusión.

Recogiendo antecedentes morbosos individuales de su clientela, cada médico podría reunir una colección de observaciones y datos que, centralizados ordenadamente, dieran luz suficiente para el estudio de la enfermedad en lo referente a sus causas; estudio interesantísimo y a mi ver tan necesario como el de sus efectos y su remedio.

Peréceme, y sea dicho contando con vuestra benevolencia, que las ciencias se han especializado demasiado, desentendiéndose más de lo debido del engranaje que las une y las confunde en el gran todo llamado la Ciencia. Tenemos idea de qué es un astrónomo, un químico, un físico, un geólogo, etc.; pero es tal el encadenamiento que liga la serie de los conocimientos, que no puede distinguirse la línea que los separa, y sólo por la especialidad de estudio y de aplicación se usan las denominaciones científicas. Por ejemplo: un astrónomo nos dará idea del movimiento de los cuerpos celestes; un químico nos ilustrará sobre la naturaleza de los cuerpos; un físico descubrirá la ley de la gravitación y nos enseñará los agentes que tienden a

modificar el estado de los cuerpos sin modificar su naturaleza; un geólogo expondrá los materiales que componen nuestro globo, su naturaleza su situación y las causas determinantes de la misma; un geógrafo, nos describirá la Tierra en sus diferentes relaciones de suelo, clima, habitantes, razas, instituciones, historia; pero sin grandes nociones de química y física no se comprende el astrónomo; y químicos y físicos tendrían poco que hacer si no aplicaran su ciencia a la astronomía, a la geología, a la geografía y por añadidura a la industria y a la agricultura.

Por analogía, como dije antes, la medicina está íntimamente ligada con la sociología. Un médico estudia la etiología de la enfermedad, no sólo respecto del cliente que solicita su asistencia facultativa ni del proceso corriente, sino también las causas productoras de la enfermedad en el medio ambiente, y como éstas pueden tener múltiples procedencias, como pueden provenir de ignorancia y de miseria, de falta de previsión, exceso de trabajo, alimentación deficiente, habitación insana, respiración deletérea y estado mental y pasional depresivo, asuntos interesantes e imprescindibles para la medicina de que entiende particularmente la sociología, se sigue. no ya la necesidad del apoyo mutuo, sino la verdadera compenetración de ambas ciencias.

Más diré: se comprende el sociólogo desconocedor de la medicina, no el médico lego en sociología. No insistiré en la afirmación, por no justificar ni siquiera excusar la ignorancia en

parte mínima, aunque reconozca la imposibilidad de abarcar la suma total de los actuales conocimientos médicos y sociológicos. Confirma cuanto acabo de exponer la opinión de un médico americano que casualmente ha venido a mis manos en forma de recorte de periódico.

“El porvenir de la medicina está en manos de los higienistas, cuya misión educadora consiste en preparar organismos aptos para resistir los embates de la enfermedad, y capaces de adquirir, por medio de la enfermedad misma, la necesaria inmunidad trasmisible a sus descendientes. Es inútil luchar contra las leyes naturales; es útil, provechoso, eficaz y necesario luchar con insistencia contra los vicios sociales, contra esa depravada higiene que convierte a los niños en flores de estufa, a las niñas en maniquíes soportadores de ridículas modas, y a todos en viejos prematuros, neurasténicos y degenerados”.

\*\*\*

He hablado del derecho a la salud, que todos poseemos como miembros sociales, partiendo del principio que sociedad es, hade ser necesariamente, equidad.

Todos tenemos el deber de conservarnos saludables, pero individualmente no sabemos ni podemos cumplirle, como queda indicado, por las siguientes causas: 1ª Porque la ciencia de la

salud, como extensa y complicada que es, exige que a ella se dediquen hombres especiales, y la exigencia es tal, que la complicación morbosa exige además profesores especialistas. 2<sup>a</sup> Porque, por atenta y esmerada que sea nuestra manera de conservar la salud, nos acecha constantemente el peligro inevitable de la infección en todas y en cada una de nuestras relaciones sociales en cada momento de nuestra existencia. 3<sup>a</sup> Porque cuando enfermamos, por efecto de haberse de retribuir la asistencia facultativa en las onerosas condiciones impuestas por la llamada ley de la oferta y la demanda, no todos podemos pagarla.

El ignorante que llega, sin culpa suya, hasta el punto de vivir como salvaje analfabeto en medio de la civilización, privado del goce de la adaptación del pensamiento universal por su desconocimiento del sencillo mecanismo de las letras; el vicioso que salta sobre las reglas de la higiene y de la moral, entregándose por placer a la enfermedad; el forzado por el salario a contravenir a la higiene, en su trabajo, en su alimentación, en su vivienda; todos viven en déficit con la higiene, y el último, que pudiera incluirse además entre los anteriores, no puede pagar al médico.

Fijemos la atención en este último punto; es fundamental; su consideración puede servirnos de base para fundar un interesante orden de ideas; el jornalero, el que ocupa el último lugar en la escala del salario, cuando a su vez le toca tristemente el turno de ejercer de patrón y ha de pagar un servicio tan importante y

necesario como la asistencia médica, no puede pagarle. La cuenta es clara: supongamos, para facilitar el cálculo, un obrero hábil que gane 5 pesetas diarias, padre de familia y que viva al día con privaciones que imposibiliten toda economía. Cae enfermo, cesa el jornal, aunque puede quedarle el subsidio de 3 pesetas de algún montepío donde existan esas instituciones previsoras como en Barcelona. Le asiste el médico, que fija el precio de su visita en 5 pesetas. La irreductible imposibilidad salta a la vista: la familia del enfermo, con 2 pesetas menos ha de vivir costeando además médico y medicinas. Pero el médico necesita vivir también, y no es justo que la Sociedad se desatienda del alto deber de solidaridad con el trabajador enfermo cargándole sobre la generosidad del médico.

Conste que he colocado muy alto el término medio de mi ejemplo, suponiendo un obrero que gane 5 pesetas, porque dista mucho de ser ese el tipo general, y mucho menos si se tienen en cuenta las crisis industriales y el trabajo agrícola. El resultado es que dos elementos constituyentes de la Sociedad resultan, si no en pugna, en condiciones discordantes: los que, por el trabajo de producción y transporte, satisfacen nuestras necesidades de productos agrícolas e industriales, escasamente pueden vivir; y no pueden ser atendidos facultativamente en caso de enfermedad porque no pueden pagar el servicio a quienes la Sociedad ha constituido en custodios de nuestra salud.



¡Error, injusticia; peor aun; aberración inconcebible! pero no hay que extrañarse, absurdos de tal magnitud abundan en la Sociedad, y lo peor es que, por inveterados, justificados y legalizados por nuestra legislación, y aun santificados por nuestras creencias religiosas, parecen incorregibles, y por tal los tienen santos y doctores, políticos y economistas.

Vano y estéril sería mi trabajo si me limitara a una protesta. Me quejo, protesto, sí; pero a esa acción crítica y destructiva he de unir, valga lo que valiere, mi afirmación constructiva, expresión de mi ideal y resumen de mi intervención en la vida colectiva; lo exige mi conciencia y con ella el respeto a la corporación que me auspicia en este acto y al auditorio que me honra con su asistencia y atención.

En su virtud afirmo que el dinero, con que actualmente se mide la reciprocidad de los servicios, si fue un progreso en su origen, se ha convertido en inmenso obstáculo a todo progreso, como elemento activo de tráfico, negocio, agiotaje, explotación, usura, venta y monopolio. Por él, sus poseedores, dueños de la tierra, de las minas, de las fábricas, de los talleres, de los laboratorios, de los almacenes y de los medios de comunicación y transporte, alquilan, mediante el jornal o sueldo, a los que con sus brazos, su inteligencia o ambas cosas a la vez, le sirven o convierten la primera materia en producto adaptable a las necesidades, a los caprichos y aun a los vicios humanos y difunden la producción por

todas partes. De modo que los que menos títulos racionales ostentan para el caso, aunque en posesión de los títulos legales, porque tienen dinero y lo acumulan sin cesar con sus ganancias, son los amos, mientras que los provistos de más legítimos derechos, los positivamente productores, pagan tributo a la posesión y sufren todo género de privaciones.

Los servicios prestados a la Sociedad de cualquier género que sean no pueden evaluarse en unidades monetarias, porque la medida exacta del valor es imposible. De dos individuos que hubieran empleado un período igual de su vida en trabajo diferente con igual energía y agrado sólo puede decirse que su trabajo es equivalente, no hay quien determine el valor de un día o de una hora de trabajo. Podrá decirse a bulto que el que dedicó al trabajo durante toda su vida diez horas diarias dio más a la Sociedad que el que sólo empleó cinco, pero no puede decirse que valga doble, porque sería desconocer la complejidad de la ciencia, de la industria, de la agricultura, de la vida entera de la Sociedad presente; sería cometer la enorme torpeza de no reconocer que en todo trabajo del individuo intervienen como resultado y resumen los trabajos anteriores y presentes de la Sociedad.

He de insistir sobre este asunto con una demostración decisiva, evidentísima, del maestro Kropotkine. Consideremos en una mina de carbón el obrero dedicado al ascensor: con su mano en la manivela impulsa o detiene su acción en vista de un indicador en

escala graduada que indica con exactitud matemática su situación en cada instante de su marcha. En el momento preciso para; renovada la carga, en marcha otra vez, y durante la jornada despliega admirables prodigios de atención. Un momento de distracción puede estrellar el ascensor contra las rocas, romper el cable, matar los hombres y detener todo el trabajo de la mina; si pierde tres segundos en cada movimiento de la manivela la extracción de mineral en las modernas minas perfeccionadas disminuye por jornada de veinte a veinticinco toneladas. ¿Es ese el obrero que mayor servicio presta en la mina, o el que desde abajo indica la subida del ascensor, o el minero que tiene en constante riesgo su vida, o el ingeniero que perdería el filón carbonífero y haría extraer piedra inútil por un sencillo error de cálculo, o el capitalista que arriesgó su dinero en la empresa? Todos los que trabajan en la mina según su inteligencia y su energía contribuyen a extraer carbón, y cuanto puede decirse acerca de ellos es que tienen derecho a vivir, a satisfacer todas sus necesidades materiales y morales. Pero ¿quién valorará *sus obras*? Además, ¿es puramente *obra suya*, producto exclusivamente suyo ni del propietario legal el carbón extraído de la mina? Sin el ferrocarril minero y sin las vías de comunicación que irradian por todas partes sería imposible la explotación de la mina. Durante la recientemente pasada crisis del carbón se ha demostrado que en España hay buenos y abundantes yacimientos de hulla, pero la industria española consume carbón inglés porque resulta más barato que el

español, por no haberse dedicado a su extracción el trabajo necesario para ponerle en condiciones económicas de consumo. ¿Qué harían los mineros sin el trabajo de los que labraron y sembraron los campos, extrajeron el hierro, construyeron las máquinas y así sucesivamente sin solución de continuidad en las relaciones mutuas del trabajo?

No puede hacerse distinción racional entre los productos de cada productor, eminencia científica o simple peón: medirlos para pagarlos conduce al absurdo y a la injusticia. Sólo queda un recurso: no medirlos, no pagarlos y reconocer el derecho a la salud y al más amplio bienestar a cuantos contribuyan a la producción en la bella, racional y justa fraternidad libertaria y comunista.

\*\*\*

El Hombre y la Sociedad se forman y se transforman simultáneamente según la necesidad y el medio.

Si suponemos un hombre primitivo aislado, viviendo sin solidaridad ni sociedad, reduciendo la satisfacción de sus necesidades a la posibilidad de una inteligencia desprovista de conocimientos, a una voluntad falta de estímulos determinantes íntimos y a una potencia débil y escasa, nada hubiera aprendido, nada hubiera transmitido a sus sucesores, nada hubiera progresado.

Pero la suposición es inadmisibile: ese hombre sólo pudo vivir el breve tiempo que la leyenda genesiaca admite, a contar desde que

la estatua humana de barro sintió el soplo divino hasta que el rebelde comió la fruta del árbol prohibido de la ciencia. Lo positivo es, demostrado por la paleontología y la prehistoria, que ciertos antropoides, inspirados en la idea de la ayuda mutua como la practican constantemente muchas especies animales, asociándose para urgencias vitales, como ampliación de su fuerza usarían palos, piedras y huesos como armas e instrumentos, que reemplazarían por otros en cuanto perdieran su utilidad primitiva. El día en que, por escasez de materiales o por un destello racional, no desecharon sus utensilios inutilizados, sino que los compusieron y rehabilitaron, quedó iniciado el progreso industrial que en el día alcanza tan asombrosa altura. De aquella primera determinación de la voluntad, y no de legendaria creación, arranca la humanidad. A aquel inicial invento siguió el clan o primera agrupación de conservación y defensa, y en él, como racionalmente supone Letourneau, se formaron los rudimentos de las lenguas, de los mitos y de la industria; sus habitantes, ligados por imprescindible fraternidad, perfeccionaron la caza y la pesca, utilizaron el fuego, apacentaron ganados y fueron sucesivamente agricultores, alfareros, artesanos y llegaron a ser artistas y sabios. Y es tal el poder defensivo y expansivo de aquella primitiva mancomunidad, que no hay fuerza natural, aun la que alcanza la más horrenda catástrofe, capaz de imponerle un milímetro de retroceso: diluvios, terremotos, incendios, epidemias, desenfreno conquistador, hipocresía dominadora, privilegios irritantes, inseguridad del

porvenir, todo ello se ha contenido humilde y respetuosamente ante la palabra de un precursor, de un poeta, de un filósofo, de un sabio, de un inventor, de un hereje, de un rebelde o ante la acción revolucionaria de un pueblo consciente, harto de sufrir e inspirado por el ideal emancipador.

Así considerada la humanidad y metodizado su estudio, resulta éste una ciencia fisiológica de la Sociedad, cuyo objeto es el conocimiento de su organismo para la satisfacción de las necesidades del hombre. El desconocimiento de esta ciencia y la práctica rutinaria de irracionales modos de vivir plantea el problema social, que se resuelve teóricamente, como ha de resolverse en la práctica, reconociendo que la humanidad es rica; el hijo del hombre civilizado halla en su cuna dispuesto a su servicio, acumulado por sus precursores y ascendientes, un capital inmenso, con una producción en cantidad y variedad suficiente y excedente con la cual nadie carecería de su ración de pan, de bienestar, de arte, de ciencia, de fraternidad y de amor si hubiéramos podido despojarnos de los atavismos y de las malas pasiones que surgieron accidentalmente en épocas de remoto atraso por culpa de usurpadores, detentadores, defraudadores y tiranos.

En una sociedad que haya de armonizar el individuo con la colectividad, estableciendo el monismo social que exige la igualdad de la especie, todos tienen derecho a la participación en la riqueza

social, porque la humanidad vive y la Sociedad se conserva por el fundamento comunista que les vivifica.

Ese comunismo es prehumano, creó la humanidad, la conserva a pesar del inmenso obstáculo opuesto por el egoísmo creado por la ignorancia y dará a nuestra especie paz y felicidad; es fundamental, puesto que sólo por él ascendimos en la escala zoológica, y no puede restringírsele a lugar secundario ni menos al carácter de concepción sectaria.

La Sociedad está basada en la conciencia de la solidaridad humana, sobre la confianza que da a cada uno la práctica de esa solidaridad en la forma de ayuda mutua, sobre el sentimiento de la estrecha dependencia de la felicidad de cada uno con la de todos, y sobre una idea de justicia y de equidad que induce al individuo a considerar los derechos de cada uno idénticos a los propios.

Se cree por error tradicional que la Sociedad es obra autoritaria, y no se observa que existen multitud de agrupaciones humanas libremente constituidas que realizan fines superiores a las instituciones que viven bajo la tutela gubernamental. Vense organismos sociales antiguos y modernos que mantienen viva la idea comunista como salvación de momento y como esperanza firme de regeneración: el clan, la tribu, la familia, la nación, la región, el municipio, el almeid, la guilda, la artela, el mir, la hermandad, la cooperativa, el sindicato, la compañía industrial o comercial, el ateneo, la academia, etc., que aunque desvirtuados

en gran parte por la falsedad de las creencias, la rutina de las costumbres y el antagonismo de los intereses, conservan siempre la parte esencialmente humana que presidió a su formación.

A pesar de la interesada negativa de todos los privilegiados, vamos a la formación de una sociedad de iguales, que empleará sus capacidades de análisis y de síntesis y sus facultades productoras en un organismo social en que se combinen los esfuerzos de todos para el bien común. ¿A qué detallar cómo? Pasaron los sistemas icarianos y falansterianos como tocados de autoritarismo. La Sociedad futura, según la más racional inducción, se compondrá de multitud de libres asociaciones, formadas espontáneamente y unidas entre sí para todo aquello que reclame común esfuerzo: federación de productores agrícolas, industriales, intelectuales y artísticos; federación de localidades; federación de transporte y de cambio; federación de estudio y enseñanza, y otras muchas. Todas ellas funcionando por espontáneos, libres y fraternales convenios, semejantes a los que actualmente celebran las compañías de ferrocarriles, las administraciones de correos, los observatorios meteorológicos, los clubs folklóricos, las academias científicas y artísticas, las estaciones de salvamento, las cooperativas de producción y consumo, los sindicatos obreros de resistencia que siguen la norma de la Internacional, etc., etc., tantos etcéteras como pueda comprender el infinito de la inteligencia individual multiplicado por el archiinfinito de la acción común.



\*\*\*

Cuenta la leyenda, y dispéñese a mi incompetencia esta digresión literaria, que Augias, rey de la Elide, poseía un inmenso establo en que jamás se practicó la limpieza. Llegó Hércules, el héroe de las hazañas que simbolizaban los problemas progresivos resueltos por los griegos, y desvió el cauce de un río para cruzar y limpiar con sus corrientes aguas aquel infecto territorio.

Los griegos, pensadores y artistas eminentes, simbolizaron todas sus conquistas intelectuales, en el poder material de un hombre gigantesco apoyado en enorme maza. Pensaron, sin duda, que no basta saber para que el bien se produzca, sino que se necesita además la energía de la voluntad para la acción, porque la humanidad va recorriendo una carrera de obstáculos que se deben conocer, evitar o destruir. Este último verbo, como término de la serie, representa el formidable mito. Otro mito confirma esta misma concepción: Minerva, débil mujer, diosa de la Sabiduría y de las Artes, salió armada de la cabeza de Júpiter cuando Vulcano, dios de ínfima categoría y relegado al trabajo, partió de tremendo hachazo la cabeza del primado de los dioses.

Tendamos la vista en nuestro rededor y veremos la suiedad del privilegio dominando en toda la extensión de la Tierra. ¿Dónde una clase social no ha detentado en perjuicio de otra la riqueza natural y la producida? ¿Dónde no se ha cohibido la augusta majestad del pensamiento por el dogma o por la tiránica y arbitraria coer ción de

todo género de mandarines? ¿Dónde no se ha convertido en ley y denominado justicia el interés de la raza, o casta, o clase de los privilegiados dominantes? ¿Dónde, como consecuencia, no se ha producido esa atávica abulia que convierte a los des heredados en suicidas fatalistas? ¿No habéis leído, sin que nadie lo desmienta, porque la triste evidencia es rebosante, el resumen de los adelantos científicos del siglo XIX, formado por Ernesto Haeckel en su obra monumental *Los enigmas del Universo*, en que afirma que “tras tanto progreso nuestra organización social ha quedado en estado de barbarie”? El mundo entero es una nueva Elide, en ella reina el Augias privilegiado que se opone tenazmente a los trabajos de limpieza y saneamiento que, abriendo cauce al Alfeo renovador, intenta el Hércules proletario.

No insistiré en la demostración, mas preciso es que se diga: y no insisto porque hablo auspiciado por una corporación científica instituida precisamente para practicar justicia social en nombre de la verdad científica, y cuyo presidente ha llegado hasta la censura y el castigo, que es el premio de ingratitud otorgado por el privilegio a cuantos obran inspirados por la idea del bien. Pero téngase presente que el Hércules mítico realizó sus gloriosas hazañas, que la leyenda denomina los doce trabajos, porque condensó en su acción simbólica las aspiraciones de un pueblo culto, confirmadas después por el pensamiento de los grandes maestros de la antigüedad griega, que no han perdido su magistral preeminencia en el mundo; en tanto que el Hércules proletario representa un

movimiento humano, puramente natural, como protesta contra una desviación progresiva perpetrada por los intelectuales de todas las épocas al servicio del privilegio, inspirados en el anhelo de obtener su parte en el botín de la lucha por la existencia. Ese movimiento participa del instinto, por lo tocante a la conservación, y de la inteligencia, por cuanto en él se relaciona la causa con los efectos y se emplean los medios hábiles y adecuados. Ese nuevo Hércules interpone su poder en las luchas intelectuales, políticas y económicas, como fuerza poderosa e inteligente contra la cual el poder público carga la mano y dicta leyes excepcionales, olvidando que en rigurosa lógica no pueden existir tales leyes, ni si violentamente se promulgan, merecen acatamiento, y promueven protestas y disturbios incesantes, porque la ley es la costumbre codificada, y mal puede legalizarse lo excepcional, lo que, no sólo carece de arraigo en las costumbres, sino que las violenta, las perturba y las contraría.

Dos grandes hombres del siglo pasado fijaron los puntos que permiten medir la inmensa desigualdad que existe en la sociedad humana.

*No necesito la hipótesis de Dios*, dijo uno, es decir, desechando todas las leyendas, capacitado para descifrar todos los símbolos y dispuesto a analizar todas las cosas y los hechos conocidos, un hombre afirmaba su personalidad por la firmeza de su razón.

*Se necesita un Dios para la canalla*, dijo otro; es decir, despojada la gran masa humana de la personalidad individual por las clases privilegiadas, otro hombre concedía a los despojados y empobrecidos una creencia para entretener y satisfacer su menguada intelectualidad.

Y así quedó marcada la escala de la desigualdad social, no ya por la diferencia entre pobres y ricos, sino por la infinitamente mayor que separa a los que saben de los que creen; escala que, fijada en nuestro suelo y partiendo de la eventualidad del nacimiento del azar fortuito, se eleva hasta las supuestas alturas de la eternidad; y desde la lobreguez del analfabetismo se extiende a la inmensidad que abarca el conocimiento de las leyes que rigen el universo.

Ante esta desigualdad, y en nombre de mis compañeros de trabajo, protesto, y contra ella me rebelo, no, viejo y débil ante un poder del Estado, salvaguardia de los intereses creados por sistemática y secular usurpación, sino ante una corporación científica, cuyo presidente en representación de la justicia y la verdad, que como abstracciones de valor lógico y positivo tienen vida universal, ha sido emplazado por la verdad convencional y la justicia histórica.

Podemos entendernos, confío en que nos entenderemos; porque los que cultivan la ciencia luchando contra el dolor, los que desde el estado de la salud trabajan para evitar la enfermedad, los que con

inteligencia y sentimiento equilibrados se proponen como ideal la sociedad higiénica, que, para serlo, ha de ser ante todo la sociedad justa que todos anhelamos, no pueden ser indiferentes ante las reivindicaciones de los excluidos de la Universidad, los condenados a inferioridad perpetua, los despojados por el derecho de accesión, los que no saben ni pueden ser higiénicos, por cuya ignorancia e imposibilidad mueren prematuramente y causan con absoluta irresponsabilidad infecciones y epidemias mortíferas.

Preciso es que la higiene, la salud, el goce de la vida no sean monopolizados por el adinerado, por el indocumentado poseedor de los bonos metálicos al portador, infame u hombre de bien, sino que se extiendan ampliamente, sin exclusión ni limitación, a todo el que haya contribuido, contribuya o esté en disposición de contribuir a la gran obra de solidaridad, de mancomunidad, de fraternidad entre los hombres.

Tanto por egoísmo como por altruismo ha de reconocerse, ha de practicarse, ha de exigirse el derecho a la salud.